

ESCENA VI.

El Mariscal KALB, vestido de corte lujosamente, aunque sin gusto, con llave de gentilhombre, dos relojes y una espada, sombrero bajo y con el cabello a la herisson. Se acerca al Presidente con grandes aspavientos, y difunde por el parterre un fuerte olor á ámbar.—EL PRESIDENTE.

KALB. (Abrazándolo.)—¡Ah! ¡Buenos días, querido! ¿Cómo habéis descansado? ¿cómo dormido?... Dispensadme que tan tarde tenga el placer... negocios urgentes... la lista de la cocina... las tarjetas de visita... el arreglo de la partida de hoy en trineos... ¡Ah!... y además había de estar en Palacio á la hora de levantarse S. A., para anunciarle el tiempo que hace.

EL PRESIDENTE.—Sí, Mariscal, no podáis faltar.

KALB.—Un bribón de un sastre me ha detenido también.

EL PRESIDENTE.—Y sin embargo, siempre valiente y dispuesto.

KALB.—Hay más todavía... Bien vienes mal, si vienes solo. ¡Oí!

EL PRESIDENTE. (Distraído.)—¿Es posible?

KALB.—¡Escuchadme! Apenas me había apeado del carruaje cuando se asustaron los caballos, se encabritaron, y se dieron tales trazas, que ¡oh desastre! me llenaron de lodo los pantalones. ¿Qué hacer en este trance? ¡Poneos, por Dios, en mi lugar, Barón! ¡Y estaba allí, y era ya tarde! Es una jornada... ¡y presentarme así ante S. A.! ¡Justo Dios! ¿Qué se me ocurrió entonces? Finjo un desmayo; me llevan entre todos al coche; llevo volando á mi casa... cambio de traje... vuelvo... ¿Qué diréis?... y soy el primero en la antecámara... ¿Qué tal?

EL PRESIDENTE.—Rasgo sublime del ingenio humano... Pero dejemos esto, Kalb. ¿Habéis hablado ya con el Duque

KALB. (Payoneándose.)—Veinte minutos y medio.

EL PRESIDENTE.—Confieso que... ¿y sin duda me traéis alguna nueva importante?

KALB. (Serio, después de un momento de silencio.)—Su Alteza lleva hoy su vestido de castor amarillo.

EL PRESIDENTE.—¿Es posible?... No, Kalb, tengo reservada mejor noticia para vos... ¿no es acaso una novedad que lady Milford será esposa del Mayor Fernando Walter?

KALB.—¿Cómo?... ¿Y es cosa decidida?

EL PRESIDENTE.—Está ya firmado, Mariscal; y me hariais un favor insigne, si fuerais en seguida á preparar á lady Milford á recibir su visita, y si divulgarais la resolución de Fernando en toda la corte.

KALB. (Encantado.)—¡Oh, con toda mi alma, querido!... ¿Qué más puedo yo desear?... Voy allá volando. (Lo abraza.) Adiós... dentro de tres cuartos de hora lo sabrá toda la ciudad. (Vase saltando.)

EL PRESIDENTE. (Riéndose, y siguiéndolo con la vista.)—¡Y se dice que criaturas semejantes no sirven en el mundo para nada!.. Ahora ha de consentir Fernando, ó todos quedan por embusteros. (Llama, y viene Wurm.) Que éntre mi hijo. Vase Wurm, y el Presidente se pasea pensativo.)

ESCENA VII.

FERNANDO.—EL PRESIDENTE.—WURM, que se va en seguida.

FERNANDO.—Habéis mandado, padre mío...

EL PRESIDENTE.—He de hacerlo así, por desgracia, siempre que quiero tener el placer de ver á mi hijo... ¡Déjanos

solos, Wurm!... Fernando, hace largo tiempo que te observo, y echo en tí de menos esos rasgos francos y vivos de la juventud, que antes me regocijaban con extremo. Una tristeza singular se ve pintada en tu rostro. Huyes de mí... huyes de tus amigos... ¿Qué es eso? Mejor se dispensan á tu edad mil extravagancias que una melancólica manía. Reserva éstas para mí, ¡oh hijo querido! Que yo trabaje solo en hacerte feliz, y no pienses en otra cosa que en prestarte indiferente á la realización de mis proyectos... Ven y abrázame, Fernando!

FERNANDO.—¡Muy bondadoso parecéis hoy, padre!

EL PRESIDENTE.—¡Hoy, bribón!... y hasta pronuncias ese hoy con sus puntas de malicia!... (Con seriedad.) Fernandol ¿por amor á quién he recorrido una senda peligrosa hasta llegar al corazón del Príncipe? ¿Por amor de quién he roto con mi conciencia y con el cielo?... ¡Oye, Fernando!... Hablo con mi hijo... ¿A quién dejo yo desembarazado e puesto, después de expulsar á mi predecesor?... suceso, que desgarrar tanto más cruelmente mi corazón, cuanto mayor es mi empeño en ocultar al mundo su puñal. ¡Escúchame, Fernando! ¿En favor de quién hago yo todo esto?

FERNANDO. (Que retrocede con horror.)—¡No por mí, padre mío! El reflejo sangriento de este delito no debe caer sobre mí. ¡Por Dios Omnipotente! Vale más no haber nacido que servir de pretexto á esa maldad.

EL PRESIDENTE.—¿Qué es eso? ¿Qué? Pero, en fin, lo excuso en una cabeza novelesca... ¡Fernando!... ¡no quiero encolerizarme, joven irreflexivo!... ¿Así me pagas mis noches de insomnio? ¿Así mis incesantes cuidados? ¿Así los remordimientos eternos de mi conciencia?... Mío es el peso de la responsabilidad... mía la maldición, para mí el rayo de la justicia... Tú recibes la dicha de segunda mano... el crimen no alcanza al heredero.

FERNANDO. (Levantando al cielo la mano derecha.)—Con toda

solemnidad renuncio yo á una herencia acompañada de una memoria horrible de mi padre.

EL PRESIDENTE.—¡Oye, joven, no me irrites!... Si todo fuese á medida de tus deseos, te arrastrarías por el polvo mientras vivieras.

FERNANDO.—Preferible sería, oh padre, á arrastrarme alrededor de un trono.

EL PRESIDENTE. (Reprimiendo su cólera.)—¡Jum... Es preciso, pues, forzarte á que tú mismo comprendas tu ventura. Tú llegas jugando, como en sueños, á donde no se acercan otros muchos después de infinitos esfuerzos. A los doce años eras alferez, y á los veinte coronel. He conseguido del Príncipe que puedas abandonar el uniforme, y entrar en el Ministerio. El Príncipe habló del Consejo secreto... de embajadas... de gracias extraordinarias. Una magnífica perspectiva se te ofrece... un camino llano te aproxima al trono... al mismo trono, si el poder, por otra parte, vale tanto como sus signos externos... ¿No te entusiasma esto?

FERNANDO.—Mis ideas sobre la dicha y la grandeza no están de acuerdo con las vuestras... Vuestra felicidad, por lo común, sólo por la corrupción se manifiesta. Envidia, miedo, maldición son los tristes espejos en que se mira sonriente el potentado desde la altura... Lágrimas, desesperación é imprecaciones, los horribles manjares, con que se llenan esos venturosos tan celebrados; con ese licor se embriagan, y así llegan vacilantes ante el trono de Dios... El ideal de mi dicha se reconcentra satisfecho en mí mismo. En mi corazón yacen sepultados todos mis deseos...

EL PRESIDENTE.—¡Magistral, inmejorable, sublime! La primera lección que recibo después de treinta años... ¡Lastima que mi cabeza de cincuenta sea ya demasiado dura para aprenderla!... Sin embargo... para que tu raro talento no se enmohezca, pondré alguien á tu lado para que puedas emplear á tu placer esa extraña locura que

te domina... Acórdarás... acordarás hoy mismo... tomar esposa.

FERNANDO. (Retrocediendo asustado.)—¡Padre mío!

EL PRESIDENTE.—Sin cumplimientos... He enviado una tarjeta en tu nombre á lady Milford. No tardes en visitarla y decirle que eres su futuro esposo.

FERNANDO.—¿A la Milford, padre mío?

EL PRESIDENTE.—Si tú la conoces...

FERNANDO. (Sin poderse contener.)—¿No es el padrón de ignominia del Ducado?... Pero me hago ridiculo, oh querido padre, tomando en serio vuestras bromas. ¿Consentiríais acaso en llamaros padre de un bribón, que se casara con una prostituta privilegiada?

EL PRESIDENTE.—Antes bien, yo mismo la pretendería, si no me lo impidieran mis cincuenta años... ¿No quisieras ser tú el hijo de un padre tan bribón?

FERNANDO.—¡No, tan cierto como Dios existe!

EL PRESIDENTE.—Un insulto ¡por mi honor! que sólo por su rareza te perdono...

FERNANDO.—Os suplico, padre mío, que no me dejéis más tiempo en tal disposición de ánimo, que sea insoponible para mí llamarme vuestro hijo.

EL PRESIDENTE.—Joven, ¿estás loco? ¿Qué persona razonable no ambicionaría la distinción de sustituir en ocasiones á su Soberano?

FERNANDO.—Sois para mí un enigma, padre mío. ¿Distinción le llamáis?... ¿Distinción el compartir con el Príncipe lo que tanto envilece hasta al vulgo? (El Presidente suelta una carcajada.) ¡Reid... yo proseguiré! ¿Con qué rostro me presentaré delante del más humilde jornalero, que á lo menos recibe en dote el cuerpo entero de su esposa? ¿Cómo ante el mundo, ante el Príncipe, ante esa misma cortesana, que lavaría de buen grado en mi honor el estigma del suyo?

EL PRESIDENTE.—¿En qué rincón del mundo, oh joven, aprendes tales cosas?

FERNANDO.—¡Yo os conjuro por el cielo y por la tierra! Este envilecimiento de vuestro hijo, oh padre, no puede haceros tan feliz como hace á él desdichado. Os doy mi vida, si sirve en algo á vuestra ambición. Por vos vivo, y me importa poco sacrificarme en aras de vuestra grandeza... Mi honor, padre... si me lo arrebatáis, ¿á qué el censurable juego de darme la vida, para que yo maldiga al padre y al alcabuete?

EL PRESIDENTE. (Con cariño, y tocándole en el hombro.)—¡Bravo, querido hijo! Ahora comprendo que eres un hombre en toda la extensión de la palabra, y digno de la mejor mujer del Ducado... Así será... Hoy, al mediodía, te desposarás con la Condesa de Ostheim.

FERNANDO. (Atónito de nuevo.)—¿Se ha fijado esa hora para aniquilarme?

EL PRESIDENTE. (Mirándolo con recelo.)—Tu honor, según creo, nada podrá objetar á mi proposición.

FERNANDO.—¡No, padre mío! Federica de Ostheim podrá hacer felicísimo á otro cualquiera. (Aparte, lleno de confusión.) Su bondad acaba de desgarrar ahora la parte de mi corazón que había dejado intacta su maldad.

EL PRESIDENTE. (Sin apartar de él los ojos.)—Espero la expresión de tu gratitud, Fernando...

FERNANDO. (Cogiéndole la mano, y besándosela con fervor.)—¡Padre! vuestra generosidad inflama todos mis sentimientos... ¡Padre! mi gratitud más ferviente por vuestras benévolas intenciones... Vuestra elección es irreprochable... pero... no puedo... no oso... ¡compadeceos de mí!... no puedo amar á la Condesa...

EL PRESIDENTE. (Retrocediendo un paso.)—¡Hola! Atrapé al cabo al caballero. ¡Cayó, pues, en el lazo el joven hipócrita!... No era el honor el que te impedía casarte con la in-

glesa... No la mujer, el casamiento te repugnaba. (Fernando, que al principio se queda como petrificado, hace ademán de irse.) ¿Adónde vas? ¡Detente! ¿Es así como me muestras el debido respeto? (El Mayor retrocede.) Han anunciado ya tu visita en casa de la Inglesa. He dado al Príncipe mi palabra. La ciudad y la corte entera lo saben... Si me dejas por embustero ante el Príncipe, oh joven... ante lady Milford, ante la ciudad... si me dejas por embustero ante la corte... entonces, oh joven, podré aludir yo á ciertas historias... ¡Detente! ¡Hola! ¿qué significa ese rubor repentino que enciende tu rostro?

FERNANDO. (Blanco como la nieve, y temblando.)—¿Cómo? ¿Qué? Nada hay de cierto en eso, padre mío.

EL PRESIDENTE. (Echándole una mirada terrible.)—¿Y si lo es?... ¿y si encuentro yo la causa de esa resistencia tuya?... ¡Ah, joven! La sola sospecha de su certeza me hace delirar de rabia. ¡Véte ahora mismo! La parada comienza. ¡A casa de Milady, en cuanto sepas la palabra de orden!... Si yo me presento, el Ducado tiembla. Veremos si la obstinación de un hijo me doma. (Se aleja y vuelve.) ¡Te repito, joven, que has de ir allá, ó huir de mi enojo! (Vase.)

FERNANDO. (Como si despertara de una pesadilla.) — ¡Se ha ido! ¿Era esa la voz de mi padre?... Si; iré... yo iré... le diré ciertas cosas... le presentaré un espejo... ¡infame! y si entonces insistes en pedir mi mano... ante toda la nobleza, el ejército y el pueblo... revístete con todo el orgullo de tu Inglaterra... yo, joven alemán, te rechazo ignominiosamente. (Vase corriendo.)

ACTO II.

ESCEÑA PRIMERA.

Sala en el palacio de lady Milford; á la derecha un sofá, y á la izquierda un piano.

MILADY, vestida á la negligé, aunque de una manera encantadora, sin peinarse, está sentada en el piano preludiando; SOFÍA, su doncella de cámara, deja al mismo tiempo la ventana.

SOFÍA.—Los oficiales se separan. Terminó la parada... pero yo no he visto á Walter.

MILADY. (Muy inquieta, levantándose, y paseándose por la sala.)—No sé cómo me encuentro hoy, Sofia... Jamás me he sentido así... ¿No lo has visto, pues?... Sin duda... No se apresurará... Como un crimen pesa sobre mi conciencia... ¡Véte, Sofia!... que me enjaecen el caballo más fogoso de la caballeriza. Quiero correr al aire libre... ver hombres y el cielo azul, y me aliviaré acaso cabalgando.

SOFÍA.—Si os sentis molesta, Milady... reunid aquí gente; que el Duque juegue, ó poned ante vuestro sofá la mesa del hombre. Si el Príncipe y toda su corte dependieran de mí, y me pasase por la imaginación algún capricho...

MILADY. (Dejándose caer en el sofá.)—Suplícote que te compadezcas de mí. Un diamante te doy por cada hora en que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO